

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

**LA SOMBRA
INMÓVIL**

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: abril de 2014

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Lucía Pizzani

De las fotografías: © Alfredo Cortina, reproducidas
por gentileza de la Fundación Fotografía Urbana

© Antonio López Ortega, 2014

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2014

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15894-38-4 • DEPÓSITO LEGAL: V-840-2014

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

«No quisiera ser tan sólo de los días la sombra inmóvil.»

Preludios (fragmento VIII)

ALEJANDRO OLIVEROS

LOS ÁRBOLES

La gota de café cayó en el cuerpo de la mujer. Y al verla entendió que se había servido demasiado, que distraído con las noticias había desbordado la taza al servirse. Solía colocar, ¿por herencia materna?, una servilleta de papel entre la taza y el plato pequeño, que ofrecía un círculo hundido para calzarla. Pero ni siquiera la servilleta, enchumbada, pudo absorber el líquido oscuro que ya bailoteaba sobre el plato. No supo si fue llevándose la taza a los labios, o si fue inclinando el platillo, como una pizca de café se había desprendido, pero sí se percató de que la gota breve caía exacta en todo el vientre de la mujer, creando un énfasis innecesario. A estas alturas, ya había recorrido todo el periódico, pasando de los titulares de primera página a la crónica roja, sintiendo que el mundo ya no decía nada, que en verdad no había noticias, sino una distorsión constante. Los domingos eran peores, porque los editores, seguramente cansados de la nadería diaria, se inventaban secciones frívolas para viajar, comer o intervenir los cuerpos con cirugías estéticas. Hubiera preferido el rigor de los días laborables, donde todo parecía importante aunque no lo fuere, a estas cortinas de humo que hablaban de parajes inalcanzables: Tahití, El Cairo o La Romana con sus playas de ungüento. Pero la mujer abierta de brazos y piernas, semejando un Cristo deshecho, o más bien una equis de carne, le hacía ver que últimamente casi saltaba las secciones de política, deportes o farándula para ir

directo a donde estaba la sangre, como si en la sangre, pensaba, estuviera la verdad de esta humanidad alicaída.

Con los brazos abiertos, como quien señala puntos cardinales opuestos, y con las piernas separadas impudicamente, como si alguien hubiera forzado la escena, la foto en blanco y negro, de granos gruesos, no dejaba ver mucho detalle. Apenas distinguía unos muslos carnosos, con manchas de sangre; un vientre hundido, donde había caído la gota de café; un pelo revuelto y derramado en mechones hacia arriba, posiblemente de color castaño, reflejo de un estado de crispación. La imagen era residual, digna de un cuerpo arrojado a un montículo de basura, perfectamente anodina. Nada de ese fulgor, ¿una mujer de veintiséis años?, podía preservarse. No importaban ya su memoria, sus pasiones, su esfuerzo, sus íntimas convicciones. Todo se detenía en esa equis de carne, en esa foto de última página, arrinconada por avisos de dentífricos y ofertas de seguros para automóviles. La reseña reconocía a una tal Cynthia, maestra de preescolar, oriunda de Guatire. El violador (o los violadores) la había interceptado en la avenida Francisco de Miranda, cerca del viejo cementerio de Petare, ya cerrado para nuevos cadáveres, pero utilísimo, tal sería su abandono, para cuerpos frescos, rozagantes, que podían ser tirados en la periferia, entre matorrales, hasta que el olor despertara a los vecinos. Cynthia dejaba abandonados a unos párvulos de La Bombilla, sus alumnos; también a unos tres hermanos menores; también a una madre que se ganaba la vida planchando, y que a fuerza de vapores y quemaduras en los brazos pudo levantar a su hija predilecta, verdadero sostén de hogar, hasta que un anochecer de rapto se la arrancó de las manos como quien arroja una bolsa arrugada al cesto.

Después de tomarse el café, con la página aún extendida sobre la mesa, Aníbal quiso emular el tono castaño de esa

cabellera subiendo a la azotea de su edificio. Allí identificó precisamente tres brotes de castaños recién nacidos que no superaban el metro de altura. Los había sembrado de semilla, luego trasplantado a materos más hondos y por último, acomodado en la hilera de árboles que criaba con esmero: samanes, bucares, acacias. Una licencia de la junta de condominio, a la que pertenecía como miembro fundador, le había permitido esa extravagancia: instalar un vivero en la corona del edificio, con vista privilegiada hacia el Ávila. Allí pasaba las tardes y no pocas noches, regando o sembrando, trasplantando o arrancando maleza. Se fue creando un escudo, entre palmas reales y chaguaramos enanos, y ya no era posible avistar desde los edificios vecinos sus maniobras de jardinero. Quizás su originalidad radicaba en buscar semillas de todas las especies posibles, por lo menos las de su vecindario, lo que lo obligaba a salir de paseo, siempre en compañía de su pastor alemán, con bolsas de plástico dobladas en sus bolsillos. Cualquier vaina o espiga de semillas que se interpusiera en su camino era razón suficiente para llenar las bolsas y anticipar una nueva jornada de siembra y riego.

Los tres castaños que ahora miraba con detenimiento no daban para emular el tono de la cabellera de Cynthia. Eran muy jóvenes, casi tiernos, de hojas con forma de gotas enormes. Hacía falta un próximo verano para que en la mudanza de follaje apareciera ese tono preciso, que iba del mostaza al color de la arcilla. Aníbal lamentó no poder homenajearla desde su azotea, entre sus arbustos, y sintió un inicio de desazón que no lo abandonaría en todo el día. No quiso ya desayunar cuando bajó a su apartamento, ni siquiera acomodar los libros de su biblioteca, mucho menos tender la cama. Tomó la cuerda del pastor alemán, la anilló a la correa y salió sin rumbo fijo, aunque buscara la montaña. Subía por la

quinta avenida de Los Palos Grandes, quizás porque los venerables castaños plantados en línea divisoria, de donde había sacado las semillas de los suyos, se prestaban a más tonalidades, cuando se decidió a llegar hasta la Cota Mil, buscando la falda del Ávila. La luz era todavía naciente y permitía una observación meditada. Ningún reflejo entre el ramaje de los castaños le permitía emular la cabellera de Cynthia, y quizás por ello seguía buscando a ciegas, convencido de que algo hallaría. En ese estado de errancia llegó hasta el brazo sur de la Cota Mil, aventurándose por un pasadizo subterráneo que le permitió ganar la otra orilla y trepar por un sendero quebradizo que se adentraba en la montaña. No era una pendiente muy pronunciada, pero sí tupida hacia los bordes, de vegetación cerrada. El pastor alemán se adelantaba, como de costumbre, olisqueando cualquier pista, y Aníbal seguía atrás, levantando la vista para advertir cualquier copa prodigiosa. Vio de pronto una mancha anaranjada, casi rojiza, que se abría entre dos porciones verdes, casi compactas, y decidió apurar el paso, convencido de que hallaría una respuesta. Por ubicación y frondosidad no podía ser sino un bucare, que en esa época del año teñían la falda de la montaña, pero por altura, ejemplar prodigioso, la estampa florida no hacía sino maravillarlo, pues sobresaliendo entre los árboles contiguos se desprendía hacia el cielo. No obtenía de esa mancha el tinte capilar de su difunta Cynthia, pensó, pero al menos en ese ramaje elevado podía imaginarla quieta, balanceándose grácil, habitando un destino opuesto al del cementerio de Petare.

No entendía esos impulsos, que además eran recientes. Digamos que la crónica roja alimentaba su apetito vegetal, como si el verdor de la montaña pudiera abolir la sangre de las víctimas. Era un contrasentido, o una empresa absurda, pero más podían los sentimientos que la razón. La hazaña

del vivero había comenzado sin norte, casi pulsión ciega. Se detuvo un día a comprar flores para su esposa difunta y creyó hallar un universo cerrado: materos, sacos de abono, regaderas, piedrecillas, plantas flotantes. Comenzó comprando especies diversas, sin orden, atraído por el colorido o por la forma de las hojas, pero pronto agotó los inventarios y se aburrió de la oferta. No entendía que en las tiendas más surtidas no ofrecieran las mejores especies del país: pilones, caobos, mijaos o apamates de flor blanca. Optó entonces por su búsqueda personal, identificando especies en la calle de las que pudiera extraer semillas. Y en esos recorridos, generalmente vespertinos, se las ingeniaba para alcanzar las vainas más elevadas. A una fina vara de bambú, de flexibilidad admirable, le adosó unas tijeras filosas que maniobraba a través de cuerdas suspendidas por ejes: podía atisbar hasta alturas de cuatro o cinco metros y desprender las vainas más cargadas o maduras. Pero no todos los vigilantes o conserjes de los edificios vecinos entendían sus hazañas, y en algunos casos hasta se las impedían, ante lo cual debía mentir expresamente y argumentar que era un biólogo de la Universidad Central en busca de especies raras que aumentarían el inventario del Jardín Botánico.

La crónica roja del día siguiente de Cynthia traía el cráneo agujereado de un infante. No pasaba de diez años y el testimonio que se recogía era el de la madre desconsolada. «Me llevaron a Cristian», rezaba la reseña de la fotografía borrosa. La víctima yacía en el suelo con uniforme escolar, el morral de los útiles todavía en la espalda. Una bala perdida, dando tumbos entre los muros paralelos de una escalinata, había cesado su recorrido en medio de la masa encefálica. Se hablaba de bandas rivales que, en la cúspide del cerro, habían intercambiado disparos para controlar territorios. Cristian cursaba tercer grado y bajaba de madru-

gada para alcanzar la buseta: la madre se lamentaba de no haberlo acompañado, como todos los días, por tener que servirle el desayuno al hermano menor. Entre la madrugada y las escalinatas, Aníbal imaginaba un espacio sombrío, sobre el que aún no rompía la luz matutina, agazapada tras los cerros. Para ese último momento umbroso, y por la corta edad de la víctima, quiso traerse la luz de un araguaney. Subió nuevamente a la azotea para comprobar que para aquella temporada no tenía ejemplares sembrados, ni siquiera en vías de germinación, pero sí recordaba haber visto en el jardín de una casa en una de las transversales superiores un magnífico ejemplar en flor, de copa abultada. Hasta allí condujo al pastor alemán, siempre olisqueando, y buscó la manera de sentarse en un murito de la casa de enfrente para extasiarse mientras la tarde moría. Pensó en una frase —*sol frío*—, como si la hubiera leído en alguna parte, y la guardó como un talismán. Hizo un esfuerzo por ver en el araguaney no un símbolo nacional, tampoco una estampa escolar y mucho menos el fotograma de un álbum de barajitas. Lo quiso aislar de connotaciones y proyectarlo solitario en medio de la sequía larense de Carora, por donde pasaba de niño cada vez que sus padres viajaban a Caracas. Allí sí es verdad que lo había reconocido por primera vez, como una extrañeza encendida en medio de la nada, y había preguntado al padre. «Florece cuando todo muere» es la frase que retuvo de quien llevaba el volante. Su padre la pronunciaba mirando por el retrovisor para alcanzar los ojos de sus diez añitos, los mismos con los que moría Cristian, morral a cuestras, sin saber si los ojos idos, todavía abiertos en la foto, habían alcanzado a toparse con el sol frío de una copa semejante a la que en esos momentos lo paralizaba sobre el murito.

Después de Cynthia y Cristian, como quien paga una penitencia, Aníbal se encerró en la azotea dos días enteros. No

es que no bajara a comer o a buscar una bebida, sino que lo hacía por accidente o inercia. Extraía cualquier brote vegetal alrededor de los troncos, así fuese una pajilla efímera, buscando una limpieza total: la tierra pura con las raíces gimiendo al fondo. Cambiaba de orden los materos, buscaba que el follaje de una palma se cruzara con el ramaje de un apamate, agregaba abono si sentía cualquier resequedad en esos suelos portátiles. Con gesto obsesivo, regaba hasta empapar los redondeles, retiraba hojas secas, sobaba las ramas con las yemas de los dedos. Buscaba que las palmas o los árboles le hablaran, le susurraran una pena o le revelaran una dicha, o más bien buscaba él hablarles, con voz queda, como quien amamanta o declara su amor. Los árboles podían ser grandes orejas, pensaba, o testigos mudos pero muy despiertos, conscientes de todo. Llegaban a sentir las muertes, incluso las presentían, lejos o cerca, todas las víctimas de la ciudad danzando por la savia ascendente, la sangre de todos diluyéndose hasta volverse clorofila. Al regar y permitir que el agua se estancara —los suelos ya absortos—, sentía que una cura era posible: no en este mundo, claro, o en este plano, pero sí en el de las hojas dormidas o en el de las ramas oscilantes. Cynthia y Cristian, por ejemplo, si no sus cuerpos al menos sí la sangre, rondaban en ese barro que buscaba urdir mientras apuntaba la manguera a un redondel preciso y la dejaba quieta, como un maná originario, esperando a que el nivel del agua llegara al tope y comenzara a desbordarse, tal como días antes se había desbordado el café de la taza para que una gota cayera exacta en el vientre de Cynthia.

Del encierro no le quedó sino el cansancio, porque no hallaba recompensas o revelaciones, al menos no para Cynthia o Cristian. Ni los castaños de la Quinta Avenida ni el araguaney de la transversal se prestaban para auxilios mayores: los cuerpos permanecían en los fotogramas, abiertos

o agujereados, sin retorno posible. Pasaron días sin que la crónica roja acompañara su café mañanero, pues sólo traía hijos reaparecidos de deslaves remotos o neonatos sietemesinos de parturientas desnutridas. Las noticias además venían sin fotos, sin cuerpos que imaginar. Los desayunos se hicieron austeros: galletas de soda alrededor de la taza de café, lo que traslucía una inapetencia creciente. Se hicieron escasos los paseos vespertinos, o al menos limitados a las necesidades del pastor alemán, con sus heces depuestas como gusanos deformes en los terrenos abandonados. Las especies dejaban de hablarle, o quizás Aníbal experimentaba cierta sordera de alma, aborto como estaba entre pensamientos que eran como moscardones danzando alrededor de una lámpara. Añoraba víctimas para nutrir un oficio o un deseo o sencillamente sus días, y la sola idea lo abochornaba. ¿El vivero de la azotea debía alimentarse sólo de sangre? ¿Necesitaba cuerpos lacerados para sentir el impulso de buscar semillas o de regar con la vista puesta en un punto ciego? Quiso buscar disociaciones, distanciamientos, pero no lo lograba del todo. ¿Por qué sus días no podían ser normales, predecibles, con la calma del agua estancada? ¿Por qué debían enturbiarse con pensamientos que asociaban los polos más remotos, que agregaban vida a lo que ya no podía resucitar? Revolvía el café con una cucharilla de plata tratando de hallar respuestas, sorbía con los pensamientos idos, capturaba el aroma para perderse entre matorrales que no lo llevaban a ninguna parte.

Los días fueron benévolos cuando la crónica roja abultaba sus páginas. Un motín en una cárcel con presos desangrados, el choque entre dos autobuses con cuerpos degollados o el policía celoso que sumerge en un barril a su amor adolescente parecían pasto frondoso. Las reseñas además venían con fotos sustantivas. Pero entre paredes carbonizadas o ar-

mazones deshechas, no se recuperaba ninguna víctima con esplendor. Todo parecía un amasijo de cuerpos y latones, indiferenciado, sin drama alguno. Quizás la adolescente ahogada sí ofrecía alguna entelequia, una historia de vida con ribetes de pasión o desdicha, pero el periódico había querido ser cauto y mostrar sólo el barril, inexpresivo, más otro recuadro con el rostro lloroso del policía asesino. Quiso llamarla Beatriz, a la chica oculta, pero ni siquiera el nombre la trajo a la superficie. Imaginarla encogida en la redondez del barril, forzada como quien reintroduce el corcho de una botella, como el feto que abraza sus rodillas, alimentaba la idea de una planta parásita o quizás acuática, que crecía destruyendo a su huésped, y variantes de esa especie no abundaban en el vecindario, y mucho menos en el vivero de la azotea, donde lo más cercano a ese ahogo eran las orquídeas.

Pero la noción desvaída de Beatriz, aun siendo incorpórea o inimaginable, cuerpo sin rostro, le sirvió de trampolín para otras andanzas, quizás más ocultas o dolorosas. Las traía de un pasado reciente o de la infancia remota. Porque ni él mismo entendía la calle ciega de su vida, como si nunca hubiera habido origen o punto de partida. ¿Quién fue en el pasado? ¿Qué podía postular como logros para convencerse de que sus días tenían sentido? ¿Acaso la hazaña del vivero? ¿Acaso sus paseos vespertinos en busca de semillas? ¿Acaso un pastor alemán bien entrenado para identificar rutas o hallar escondrijos? La taza del café y el periódico eran el inicio de día, pero nunca adivinaba los términos o cierres. ¿Adónde lo llevaría cualquier paseo de tarde, que no fuera a confirmar la errancia de sus pasos? Trataba de recuperar alguno de los viajes con su padre, pero sólo obtenía de vuelta los araguaneyes floridos de Carora, como una estampa que le robaba protagonismo al amanecer de luz dilatada. Eran viajes previsibles, de todo un día, que se iniciaban de madru-

gada en Maracaibo y culminaban de noche en Caracas. Todo un trayecto de vegetación variable, donde la aridez y la frondosidad podían abrazarse en cualquier tramo, sin distinguos, bajo la lluvia cerrada o la calina vaporosa. De esa seguidilla extrae nombres sonoros de poblados: Los Venados, Tintorero, Yaritagua, Nirgua, Bejuma... Y cuando pronuncia el nombre de Bejuma, con la *u* de búho o de hundimiento, siente que algo vuelve a su mente: un paisaje borroso, una estancia, un accidente...

Ve la figura de su padre, con camisa arremangada, maniobrando bajo el capó del viejo Oldsmobile. Es una figura que se distingue entre el vapor, lo que remite a recalentamiento o fuga de agua. Alguna manguera vencida o alguna rotura de radiador los inmoviliza a un costado de la carretera. Es de tarde y la luz se apaga con el último aliento de un día. A su padre no se le ocurre otra cosa que adentrarse por un camino pedregoso, ¿el mismo que él transita en el Ávila?, y buscar auxilio en unas casuchas que se distinguen por una leve columna de humo. Habrá unos cuatrocientos metros, o quizás más, entre la carretera y ese atisbo de civilización. El pequeño Aníbal viene atrás, siguiendo los pasos del padre, con algo de temor agazapado. El camino se va tupiendo hacia los costados, como si la vegetación lo arrojara en medio del humo danzón. El padre no se vuelve a verlo, pendiente como está de no extraviar la ruta, y Aníbal apura el paso para no perderlo. El camino se hunde de pronto, ante lo que parece un comienzo de cuesta, y las casuchas desaparecen como se ñuelo: sólo la humareda los envuelve, y también un rumor creciente que únicamente puede ser el de un arroyo que salva peñascos y troncos caídos.

El padre se aparta del sendero y comienza a orientarse por el rumor del arroyo: algo le hace pensar que en vez de subir la cuesta debe seguir el curso del agua. Aníbal recuerda

sus piecitos que buscan pisar sobre piedras lavadas por el riachuelo: es una andanza saltarina que recupera con precisión. Pero de pronto pierde al padre o se le esfuma o no lo recuerda o no le habla... poco importa. Lo que sí recuerda es la inmensidad que lo recibe en medio de un descenso o una caída o una pérdida... poco importa. Lo vio años después dibujado en libros de viajeros de Indias o fotografiado en álbumes vetustos, pero en las postrimerías de Bejuma, al pie de un riachuelo, entre el rumor del agua y la humareda, admiró al único ejemplar que pudo ver en vida: un candelero de sesenta metros de altura, con un tronco que se asentaba en forma de trípode y cuyo grosor alcanzaba el círculo de brazos de unas quince personas. Al pie del monstruo el niño se sentaba y no quiso ya separarse del ramal saliente hasta que el padre reapareció con una manguera de repuesto.

Al candelero ha querido regresar desde entonces, pero ignora ruta, sitio o emplazamiento. Sólo el ejemplar admirable, extraviado en medio de un poblado llamado Bejuma, sueño o adivinación de quien creyéndose perdido encontró una vía hacia los cielos. Piensa que si Cynthia, Cristian o Beatriz ya tienen especies que los emulen o arrojen, aquella revelación de la infancia sólo merece un destino. Las flores que semanalmente compra para su esposa difunta apenas son un simulacro, pues lo que siempre ha querido es ofrecerle el candelero, un ramaje bajo el cual mecerse entre las nubes que originalmente fueron humareda. La foto de su esposa no vino en la crónica roja, pues le basta el latido vivo que tuvo y tiene entre sus brazos mientras la ve convulsionar. Los que huyen de su hogar después de haber disparado no lo saben, pero desde entonces la tumba de su amada la ha querido imaginar siempre bajo las raíces eternas del candelero.